

Núm. Cl \_\_\_\_\_  
Núm. A \_\_\_\_\_  
Núm. \_\_\_\_\_  
Proced \_\_\_\_\_  
Pre. io \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó \_\_\_\_\_



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

*Propiedad de Mariano Galvan Ri-  
vera.*



PQ7297

F37

Q5

V. 2

1836

"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

---

## LA QUIJOTITA Y SU PRIMA.

---

### CAPITULO I.

*En el que se refiere la disputa que trabó el coronel con el licenciado Narices, y la defensa que hizo de las mugeres.*

Quando nuestro coronel entró con su familia, ya estaban en disposicion de hacer lo mismo todos los de la casa de D. Dionisio, quienes luego que lo vieron lo saludaron cortesmente, y nos sentamos todos á comer.

Entre las visitas que habia estaba un señor jóven y de narices abultadas, á quien conocerémos con el nombre de licenciado *Narices*, pues así le puso D.<sup>a</sup> Eufrosina, que era diestrísima en esto de poner nombres.

Luego que ella tuvo lugar de hablar, dijo al coronel: ¡Ay hermano! gracias á Dios que ha venido V. para que vuelva por nosotras! porque este maldito Narigue-

\*  
003214



tas nos ha puesto como un suelo; y como no podemos responder á sus argumentos y latines con que nos aturde, está creyendo que nos ha convencido; pero yo confiada en V., le he dicho que nos ha de defender completamente.

¿Pues qué ha sucedido, hermana, que tan empeñada está V. en que la defienda?

¿Cómo qué, decia Eufrosina, le parece á V. poco que nos haya puesto de vuelta y media? Pues oiga V. dice que las mugeres somos locas, vanas, orgullosas, soberbias, falsas, supersticiosas, malagradecidas, inconstantes, vengativas, tontas, presumidas, y qué sé yo que mas. Vaya, si quita de las piedras para poner en nosotras; y esto no solo lo dice, sino que asegura que lo probará con evidencia. Le decimos que eso lo dirá por chanza, y él nos jura que lo dice con todo su corazon y sin que le quede nada dentro. Ya verá V. que esto no puede sufrirse; y así le suplico yo y todas estas niñas, que por lo que tiene de caballero, nos defienda y haga que se confunda este maldito deslenguado.

Si, sí, señor, por vida de V., decian casi á un tiempo todas las señoritas que allí

estaban: es menester que V. nos defienda, y así se lo suplicamos todas.

Ya ve V. hermano, que no se debe V. excusar de darme ese gusto, continuaba Eufrosina, ya que no por mí, siquiera por todas estas señoritas que se lo ruegan. Responda V., sí, responda y confunda á este buen señor que nos ha colmado de favores. ¿No lo ve V. que socarron es y sinvergüenza? todo se le va en engullir la sopa y ya no puede con la risa el condenado.

Pues no me he de reir, mi señora D.<sup>a</sup> Escotofina, ó D.<sup>a</sup> Eufrosina, ó como se llama, dijo riendo á carcajada suelta el licenciado: ¿no me he de reir, repito, de que quieran ustedes empeñar al señor coronel en que las defienda, cuando si no estan confesas, estan convictas de los cargos de que se hallan acusadas, no solo por mi boca, sino á *todo orbe terrarum*.

Cuando el señor coronel, por no faltar á las leyes caballerescas, admita el improbable cargo de defender á ustedes, lo hará por tratar de divertirse; pero sabiendo muy bien que sus clientes llevan el pleito perdido en el mismo tribunal de Pilato.

Así solemos los abogados defender algunos reos, cuyos delitos son tan claros



que no los defendiera el mismo Ciceron; y sin embargo, revolvemos, interpretamos leyes, acomodamos textos, buscamos excepciones, y peroramos en estrados, únicamente por consuelo de las partes, no porque en derecho tengan defensa alguna; así como el médico que le manda al moribundo agua de la palata por consuelo de sus dolientes, pero él sabe de cierto que no tiene remedio.

Tal vez el señor coronel se encargará de defender á ustedes de ese modo; mas tambien saldrá diciendo despues de la sentencia: Yo defendí á las mugeres. Lo mismo nos sucede á nosotros: hablamos mas que diez cotorras por un reo de estos de remate: los jueces nos oyen con bastante paciencia; pero no nos hacen caso. Atienden á la justicia, y segun ella condenan á muerte á nuestro cliente; y el dia que lo llevan á la horca, se dice por la calle: El licenciado fulano defendió á este hombre.

¿Qué les parece á ustedes? Lo mismo decia aquel médico que iba de duelo tras el cadáver que él habia despachado: *Yo curé á este.* ¿No son graciosas semejantes curaciones y defensas? Pues así ha de ser

la del señor coronel respecto de ustedes. Vaya, no hay que engañarse: ustedes estan convictas, y no hay ley que las defienda. Han caido de remate, y cualquier buen médico las ha de desahuciar al punto que conozca su enfermedad mortal.

Ya V. lo oye, hermano, decia Eufrosina. ¿Ya ve V. quién es el señor y cuánto da por medio? Pues considere V. qué hará con nosotras. Vaya, defiéndanos V.

Pues hermana, señoritas, dijo el coronel, yo apreciaria tener luces y capacidad para desempeñar con aire la comision que ustedes me confian, pues en efecto me honra demasiado su eleccion prefiriéndome á los señores que nos acompañan; bien que esto es solo efecto de la confianza con que V. debe tratarme, y de la sencillez con que estas niñas siguen la opinion de V.; pero debo confesar que no tengo mérito para tanto, ni ménos fuerzas para cargarme de semejante peso.

No obstante, si ustedes ponen su pleito en mis manos, yo haré cuanto pueda en su obsequio. En esta virtud, repita V. lo que dijo el señor licenciado contra ustedes, para hacerme cargo.

¿Pues ya no le dije á V., contestó Eu-



frosina, que dice que somos tontas, locas, supersticiosas, altivas, vanas, ingratas, orgullosas, y treinta mil perradas á este modo?

Muy bien, dijo el coronel: siendo eso así, debo decir en obsequio de ustedes y de la verdad, que es lo que mas importa, que las señoras mugeres, exceptuando las que lo merecen, son todo cuanto ha dicho el señor licenciado y un poquito mas que yo me sé.

Viva, viva, dijo á este tiempo el licenciado dando de palmadas en la mesa, viva el defensor de las mugeres. Es menester brindar por su salud. En efecto, se echó un buen vaso de vino á pechos, y prosiguió comiendo con la mayor satisfaccion, la que aumentó la risa general de D. Dionisio y sus camaradas.

Fácil es concebir cuánta seria la indignacion de las señoritas, principalmente de Eufrosina, al verse tan mal defendidas. Es verdad que con una risa fingida procuraban disimular su chasco; pero lo colorado de las orejas manifestaba de á legua su corage.

Qué tal seria este, pues le tocó una buena parte á la candorosa Matilde, quien al

ver á su hermana y á las demas señoritas tan avergonzadas por su marido, no pudo contererse, y le dijo: ¡Jesus, hombre, qué pesado eres! Aunque fuera ya....

El coronel no le hizo aprecio, siguió tomando la sopa; y D.<sup>a</sup> Eufrosina reventando de enojo, dijo á las señoritas: Amigas, ¡qué dirán ustedes? ¡No les sobra razon para echarme á pasear por la especial eleccion que he tenido? ¡Qué tal? ¡No es cierto que mi hermano tiene gracia particular para hacerme quedar bien y sacarme lucida de un empeño? Vaya, digan la verdad. Si, no hay remedio, la peor cuña es la del propio palo. Otro dia, hermanito, por amor de Dios, por nuestra Señora de Guadalupe, y por vida de Pudentina, que no se vuelva á tomar el trabajo de defender ni á mí, ni á mis amigas, mas que nos digan hereges, diablos y demonios, y mas que nos harten á injurias, pues segun lo que yo acabo de ver, ménos daño nos hará nuestro mayor enemigo con sus agravios que V. con sus defensas.

Lo ridículo de esta súplica y el tono tan colérico con que la hizo Eufrosina, provocó de nuevo la risa de los concurrentes, y esta risa acabó de rematar á Eu-



frosina, quien estuvo por levantarse de la silla, y lo hubiera hecho si el coronel, conociendo la terrible bola que tenia, no la hubiera sosegado, diciéndole con mucha cachaza: Ni el señor licenciado tiene por que llenarse de satisfaccion, ni V. ni las señoritas que estan presentes tienen motivo porque quejarse de mí, en virtud de que no he comenzado la defensa.

¿Cómo ño? dijo el licenciado: pues á mí me parece que no puede haber sido mas concisa, elegante y verdadera.—Pues no señor, se ha equivocado V.; voy á comenzar.

Con esto se serenó Eufrosina y todas sus amigas, y el coronel prosiguió diciendo al licenciado: Supongo que V. está de acuerdo en que las mugeres son inferiores á los hombres solamente en cuanto á su constitucion física que las hace mas débiles que nosotros; pero en cuanto á sus espíritus, no tendrá V. embarazo para confesar que son iguales.

En esta inteligencia... pero asentaremos tres principios para que nos entendamos con mas orden.

*Primero.* Las pasiones son las semillas de los vicios ó de las virtudes, segun el

uso que se hace de ellas, y estas reconocen su origen en el alma.

*Segundo.* El alma de la muger es una sustancia espiritual, inmortal é inteligente, igual en todo á la del hombre.

*Tercero.* La disposicion natural ó accidental del cuerpo influye particularmente sobre el espíritu, y esta disposicion puede hacernos propender á esta ó aquella passion determinada; pero no obligarnos á hacer mal uso de ella y convertirla en vicio, pues contra las malas inclinaciones tenemos el socorro de la razon y el favor de la gracia auxiliante que á nadie falta.

Sentados estos principios, digo: Que si las mugeres incurren en ciertos defectos con mas frecuencia que los hombres, no incurren por ser mugeres, sino porque no estan acostumbradas á vencerse, por no saber hacer buen uso de su razon; y de no saber esto, muchas veces ó las mas, no tienen ellas la culpa.

¿Pues quién la tiene? dijo el licenciado. Los hombres, respondió prontamente el coronel: sí, señor, no se escandalice V.: los hombres que educan mal á las mugeres, ó que las seducen y pervierten, tienen



la mayor parte de la culpa de los defectos en que ellas incurren.

Para probar esto con evidencia, es menester sentar este principio: que el hombre recibe solo una educacion, que es la de sus padres, y la muger casi siempre dos, la de sus padres y la de su marido, y esta ayudada del amor, influye sobre su corazon mas poderosamente que aquella.

El hombre, si quiere, puede siempre conducirse conforme á las máximas que le inspiraron sus padres: la muger, mil veces se ve obligada á olvidarse de estas máximas. . . . He dicho poco: muchas veces se ve obligada á abandonar con dolor á los mismos instrumentos de su existencia, por contemporizar con los caprichos del marido.

Cuando las mugeres han logrado la fortuna de tener unos padres virtuosos que les han inspirado sentimientos de honor y religion, y despues unos maridos juiciosos y prudentes que las saben conservar en ellos, ordinariamente son felices, y jamas son notadas de los defectos de que se acusa al comun de su sexo. ¡Pero qué pocas veces se ven estas combinaciones!

Frecuentemente se verifica el refran que

dice: Que estados mudan costumbres. Apenas varia el estado una muger, cuando varian su educacion y sus modales. La jóven que tuvo unos padres virtuosos y arreglados, es un milagro que no se corrompa casándose con un hombre vicioso y libertino: la que tuvo padres indolentes, ó tal vez extraviados, léjos de reformarse al lado de un marido prudente, las mas veces se empeora, y va á servirle de martirio; y la que tuvo padres perversos y se casa con otro perverso, se convierte en una furia del infierno.

De manera que entre los padres y los maridos se nos pervierten las mugeres. No es esta ficcion de una acalorada fantasía, es una verdad que se hace perceptible á la mas ligera observacion. Una niña criada en la pobre ó moderada fortuna de sus padres, se casa con un hombre de algunas proporciones, y á los ocho dias no se conoce. Los zapatos de cordovan la lastiman; se cansa de andar á pié; se avergüenza de ver la comida en la cazuela; necesita de mas criadas que la sirvan; no se presenta en los paseos ni en las visitas, si no puede competir con las demas en lujo; y finalmente, de la



noche á la mañana se vuelve una marquesa la que se crió en un estado humilde.

Otra jóven que se crió en el mayor recogimiento, que no salia de su casa sino á la iglesia, que frecuentaba los sacramentos, que se escandalizaba de los zapatos de color, que rezaba todos los dias una porcion de novenas, y que era una muchacha enteramente virtuosa, se casa con un señorito alegre, y dentro de cuatro dias se olvida de todas las buenas máximas y entran en su lugar las que le enseña su marido, y ya la tenemos modista, paseadora, altanera, indevota, descuidada, corriente, marcial, y qué sé yo.

Si buscamos de estos y semejantes ejemplares en casadas, no nos será difícil hallar bastantes; pero examínese quién ha sido el origen, quién ha tenido la culpa de que se perviertan tales mugeres, y de que se pierda en ellas la semilla de la virtud que sus padres cultivaron, y hallaremos que la imprudencia ó la nimia condescendencia, ó el mal ejemplo de sus maridos.

No es menester, las mas veces, que las mugeres pasen de un estado á otro para pervertirse. Dentro de sus casas y al lado de sus padres tienen sobradas ocasiones,

cuando estos carecen de la firmeza y juicio necesario para educarlas, especialmente si ellas tienen una carita razonable, un poquito de despejo y algunas habilidades apreciables en su sexo: como son las de tocar, bailar, cantar, representar, &c.

Entónces sin cesar se ven rodeadas de un enjambre de tunantes, de los cuales cada uno aspira á la conquista, no de su corazon, sino de su persona; y para lograrla no perdonan ningun medio, por opuesto que sea á las leyes del honor, y la moral cristiana.

Adulaciones, rendimientos, ofertas, juramentos, palabras, dádivas, requiebros, finezas, súplicas, humillaciones, suspiros, lágrimas, intrigas, y hasta los despechos y bravatas son los obuses y culebrinas con que los soldados de Vénus asestan decididamente, aun las mas inexpugnables fortalezas.

Todos confesamos que la muger es débil, tímida y sensible, y por lo mismo está muy expuesta á ser sorprendida por la artificiosa seducción; pero no nos acordamos de esto cuando exageramos sus defectos, ni queremos cantar la palinodia confesando de buena fe que somos sus



seductores y sus originales en la maldad. Este, á la verdad, es un procedimiento muy injusto.

En faltando á la muger una buena educacion moral desde el principio, un juicio bien formado y algun conocimiento del mundo, aunque sea de oidas, es imposible que deje de corromperse con semejantes maestros, de adherir á sus máximas, de seguir sus ejemplos y de rendirse á sus artificiosos ardides.

Si fueran pocas las mugeres que pueden con justicia atribuir á los hombres los extravios de sus conciencias, y quizá de sus personas, yo me guardaria de confundir las excepciones con las reglas; pero por desgracia no hay reino, provincia, ciudad, aldea, y quién sabe si calle, donde no haya algunas ó muchas de estas adoloridas desgraciadas que testifiquen mi verdad.

Dícese que las mugeres son vanas, necias y soberbias. ¡No lo han de ser si sus padres desde chiquitas les fomentan el orgullo y vanidad, y les embotan su talento dedicándolas á fruslerias? Dícese que son altivas, presumidas y altaneras; pero ¿qué han de ser, cuando desde que co-

mienzan á descollar en los estrados, ven que los hombres les doblan las rodillas, les rinden homenaje á su belleza, á cada paso les hacen su apoteosis llamándolas *divinas*, y no dejan de la mano el maldito incensario de la lisonja? Dícese que son falsas, inconstantes y mentirosas; pero ¿cómo no lo serán, cuando no tratan sino con falsos, invariables y embusteros? Dícese que son ingratas; ¿y cómo no lo serán con el que abusa de sus ternezas y olvida sus mas costosos sacrificios? Dícese que son interesables: pero ¿cómo no lo serán, cuando el interes es la primera red que se les tiende, y el primer cebo con se provoca su apetito? Dícese que son locas; ¿pero cómo no lo serán, cuando jamas han tratado con cuerdos? Dícese.... pero se dice tanto y tan sin orden, que yo me espanto, no de que las mugeres sean lo que son, sino de que no sean peores.

Ya ve V. señor licenciado que yo confieso que en el comun de las mugeres se hallan, y en un grado sobresaliente, los defectos de que las acusan los hombres, y al mismo tiempo estoy muy léjos de pretender justificarlas; pero no puedo llevar á bien que se crea ó que se diga que las



mugeres son peores que los hombres y extremadamente viciosas, *solo porque son mugeres*, desentendiéndose los que así las insultan de los principios que deo establecidos.

Todos saben que los hombres son superiores á las mugeres, y que estas nacen con una dependencia necesaria respecto de nosotros. Esta es una verdad; pero en esta misma verdad se halla envuelta otra de que resulta á ellas una disculpa, y á nosotros un cargo; y es, que si las mugeres son malas, no puede ser por otra causa sino porque los hombres, que son sus superiores, ó les enseñan la maldad, ó se las consienten; y siendo así, ¿no es una injusticia y una ridiculez el declamar tanto contra ellas, despues que los hombres, por la mayor parte, como he dicho, ó son sus seductores ó sus maestros? ¿No es esto lo propio que introducirle leña á un horno, y luego incomodarse porque ardiera? En una palabra, señores, los hombres por la mayor parte somos muy lincees para notar los defectos de las mugeres; pero muy topos para conocer, confesar y corregir los nuestros. Convengamos de buena fe en que todos, así hombres como muge-

res, tenemos vicios y virtudes, y que así unos como otros hacemos mal uso de las pasiones cuando nos desentendemos de la razon. Lo que importa es que cada uno se dedique á reformar el mundo, comenzando por sí y por los suyos, y entónces, habiendo muchos padres y maridos arreglados, veremos como resultan infinitas hijas y esposas ejemplares.

Los caballeritos que asistian á la mesa, fuérase porque se penetraron de las razones que habian oido, ó por adular á las señoras, que seria lo mas cierto, luego que el coronel hizo punto en su discurso, comenzaron á repicar con los cubiertos en los vasos y platos, y á gritar muy alegres: *Vivan, vivan las señoras mugeres y su juicioso defensor.*

En seguida brindaron por última vez á salud del bello sexo, y luego que calmó un poco la bulla, dijo el licenciado Narices: Señor coronel: justamente merece V. estos aplausos, pues ha tomado con demasiado calor la defensa de las damas, y la ha desempeñado con aire. Vamos, si todas las interesadas hubieran escuchado á V., le tributarian mil elegios, y aun deberian erigir un monumento de gratitud á su memoria.



No lisonjearian mi vanidad, respondió el coronel, pues yo no he defendido á las mugeres, sino la razon, de cuya parte me pongo cuando se ofrece.

A mas de que no sé si me habré equivocado en algo de lo que he dicho. Si así fuere, yo me suscribiré gustoso á otra opinion mejor; pero miéntras no se me haga ver, estaré por la que llevo expuesta: ¿qué le parece á V. señor cura?

Asistia á la mesa un respetable eclesiástico como de sesenta años, hombre de muchas luces, muy timorato, y de un genio cortés, afable y jovial.

A este fué á quien el coronel dirigió la palabra, y el dicho eclesiástico la contestó en estos términos.

Ciertamente, señor coronel, que las opiniones de V. me parecen tan antiguas como seguras. Son de aquellas que por sabidas se callan; pero se callan tanto, que infinitos las ignoran, ó afectan ignorarlas, especialmente por lo que toca á hablar mal de las mugeres sin son ni ton, y mil veces despues que los hombres han sido las causas originales de sus vicios.

Ordinariamente á cualquier hombre le gusta una muger bien ataviada, ó como di-

cen, *bien puesta*, cuando la pretende; pero así que la posée como suya, no la quisiera tan modista por lo que le importa. Entónces es el hablar contra el lujo y vanidad de las mugeres.

¿Mas para qué hemos de corroborar con ejemplares una verdad tan comun y visible? Cuando los hombres se desvelan por agradar á una muger, sus defectos les parecen gracias; pero así que las consiguen, se causan de ellas, y aun califican de vicios sus virtudes. Entónces, quiero decir, cuando la pretension no la dirigió un fin honesto, sino un capricho ó un apetito puramente animal, entónces se disminuye á los ojos de tales hombres la hermosura de la muger, se le notan defectos en que ántes no se habia reparado. Pero ¿qué mucho si en tal caso, como dije, las mismas virtudes parecen vicios? Cuando llega esta época fatal, su recogimiento se apellida hipocondria: su economía, mezquindad: su prudencia, zonzera: su cariño, falsedad: su fidelidad, falta de mérito: su alegría, locura: sus atenciones, liviandades: su devocion, hipocresía: sus generosidades, desperdicios: y en una palabra, en tan deplorable situacion quanto



hacen por agradar enfada. ¡Pobres mugeres! nada les es mas comun que verse sujetas á tolerar los caprichos é imprudencias de un hombre sin talento y sin amor.

Cuando oigo declamar á la mayor parte de los hombres contra la facilidad de amar de las mugeres, y los veo tan constantes en seducirlas, me acuerdo de unos versos, que sobre esto escribió con tanto acierto nuestra paisana Sor Juana de la Cruz, monja del convento de S. Gerónimo de esta capital, en los que hace ver, que los hombres, casi siempre, tienen la culpa de la liviandad de que acusan á las mugeres, segun ha dicho V. señor coronel; porque efectivamente, los hombres quisieran á las mugeres de mantequilla para sí, y de pedernal para los demas; y aun algo peor: luego que han logrado seducirlas con los artificios mas vivos, y con los mas astutos fingimientos, se fastidian de ellas (como se fastidia cualquier miserable mortal de todo aquello que consigue temporal y perecedero), y entónces llaman liviandades y coqueterías, lo que ántes sacrificios y favores.

Tal es la suerte de las pobres mugeres

entre los hombres necios y malvados. Toda muger, y especialmente toda hija de familia, aun ántes de llegar a la pubertad, deberia estar impuesta de estas verdades, para no fiarse de los hombres, y precaverse en cualquiera estado de sus torcidas calificaciones y desprecios.

Toda niña deberia crecer en la firme creencia de estos cuatro principios.

1.º Que en esta triste vida todo cansa, todo fastidia; si no es la posesion de Dios por la gracia.

2.º Que los hombres cuando mas finos y rendidos dicen que adoran, que aman é idolatran á las mugeres, entónces es cuando ellos se aman mas á sí mismos, y á lo que aspiran es á sus intereses particulares, de manera que no aprecian sino á las mugeres, en quienes ven ó se presumen que hay alguna cosa que lisonjea su gusto.

3.º Que segun estos principios, es muy fácil que la muger desagrede al hombre luego que este la considere como suya, lo que se verifica mas pronto y casi siempre cuando la solicitud se ha entablado con medios inhonestos ó con miras ilícitas. El antiguo poeta español Quevedo